

El almacén de los precios bajos

MARCO ANTONIO MEJÍA TORRES

Un almacén antiguo situado en la plaza de un pueblo, un músico y un puñado de vidas ligadas a la suerte del almacén: éstos son los ingredientes de la pequeña historia que cuenta Marco Antonio Mejía. En su voz y en sus palabras, la crónica familiar se convierte en un bello retrato de época que evoca las viejas galletas Noel de las Primeras Comuniones, y las novenas de aguinaldos de la infancia. En otras palabras, la tranquila vida de un pueblo de las afueras de Medellín que también sucumbe, arrasada por "el progreso".

El 29 de septiembre de 1996, a esa hora de principio de fin del mundo que tienen todos los domingos, Jafet, imperturbable como ese bloque de su vida que lo congeló entre las vitrinas durante 35 años; Mazo, el hombre que aprendió el oficio de apagarlo todo, y Diego, quien descubrió que Volver no es un soplo de la vida sino el hilo del destino que nos devuelve al punto de partida, bajaron ante la mirada resignada de Marina, las persianas metálicas y cerraron los tres candados, poniendo el punto final de la última página del Almacén de los Precios Bajos de Manuel J. Posada.

En el interior, la desolación del final borraba la imagen de colores dada por los adornos, los cristales o las telas y mandaba camino al olvido la existencia de 150 personas, que a lo largo de 45 años, vendieron tras los mostradores el botón preciso, el cuaderno escolar, el juguete encantado, el clavo imprescindible o los pastores de plástico con los que invadíamos los pesebres de la infancia. El cierre daba paso a la moda de las Corporaciones, acomodadas en los antiguos edificios y viejos teatros, para espaciar las transacciones bancarias entre la confianza que da la nostalgia de los viejos sitios.

LA HORA DE LAS GENERACIONES

El Almacén había nacido por una pasión musical. José Manuel tenía esa fiebre en la sangre, como también la sabiduría del

comercio, tradición lejana de familia. Su abuelo, Don Félix Posada, sembró los campos de Angelópolis. A principios de siglo bajó con las manadas de mulas hacia Caldas y extendió sus posesiones. Cuestión de supervivencia, 23 hijos, cinco con ceguera de nacimiento, murieron nueve, entre ellos las dos mellizas ciegas. La vida siguió y los hijos crecieron. Juan José, a pesar de su invidencia picaba la caña para las mulas, Ramón y Ricardo se dedicaron a la tienda de víveres y Enrique montó el café de la plaza. Antes de las cuatro de la mañana se le veía con su delantal blanco preparando la cafetera. Enrique contrajo matrimonio con Rosa Correa: nacieron doce hijos y luego muchos nietos.

"En esta fotografía hay 82 personas- me dice Doña Benigna quien acaba de cumplir 80 años y explica con prodigiosa precisión y detalle la foto de Obando tomada en una reunión de la familia Posada en el año de 1952- y mire, ahí está mi hermano José por el que usted pregunta".

José Manuel desde muy niño sabía del tiple y de la música. Eran épocas de lentos cambios en la municipalidad. Medellín estaba lejos y la música era un producto escaso. Alberto Ríos, el sastre, revelaba las maravillas de la ópera y la zarzuela, Miguel Correa, el "parquero", sabía de notas y solfeo, y Jorge Correa, el carpintero, era el corista de la iglesia. José Manuel se fijó en ellos, y con el organista se metió a una amistad que lo llevó también a la complicidad del licor de caña. Además, como

voluntario de jardinería, ayudó a Don Miguel en el mantenimiento de las eras del parque a cambio de las improvisadas clases de música. En las noches, se les veía al aprendiz y al maestro colgar a la luz del farolito de la fuente, las notas de los fox, tangos, pasillos y marchas que se hicieron populares en los años treinta.

La tienda de Abarrotes de los Posadas convocó a los cuatro hermanos, Carlos Enrique, Alfonso, Jesús y José Manuel a liderar el comercio de víveres en Caldas. Todo marchaba bien, excepto las largas siestas del músico en la bodega, que se proponía recuperar los desvelos de los ensayos prolongados hasta las tres de la mañana. José Manuel fue llamado a juicio, "o se concentraba en los negocios o se iba con su música para otra parte". Y partió, observando en las débiles luces del alumbrado público, la necesidad de instalaciones eléctricas que aún nadie vendía y que le revelaron una línea comercial no explotada. Así creó su independencia y su primer negocio. Disolventes, líquidos volátiles, artículos eléctricos y tiempo para la música.

Otro tiempo vino también. El nueve de abril, un ataúd fue abandonado frente a su negocio. La noticia de la muerte de Gaitán y los disturbios en Bogotá, enfurecieron a los liberales y envalentonaron a los conservadores que se encontraron en mitad de la plaza, apenas recién salía el cortejo fúnebre de la iglesia. La policía intervino y hubo disparos. Todos se escondieron y el féretro quedó sin dolientes. Vuelta la calma, hubo discusión sobre si el finado era liberal o conservador. José Manuel intervino argumentando que no era lo uno, ni lo otro, sino alguien que había que enterrar. El brote de disturbios culminó con una efímera tregua entre los dos bandos. La violencia siguió, y

el almacén con los días vio agotada su existencia de machetes.

De firme convicción liberal, pero casado con la señora Ruth Correa, de familia conservadora, logró protegerse de la agresión de los radicales conservadores por su relación conyugal. Y de ella se valía, para pasar por encima de los grupos de "enruanados" apostados en las esquinas de la plaza para darle plan a los liberales distraídos que pasaban cerca a ellos. Apenas ganaba la distancia y abría la puerta de la casa, les gritaba "Neto, liberal neto, requeteneto". Y esa confesión desafiante que soltaba cada día llevó a la exasperación de los conservadores que se decidieron por el atentado. La dinamita debía ser puesta en la puerta, pero la señora Ruth los enfrentó gritando "en esta casa vivirá un liberal neto, pero también vive una conservadora neta". Los tacos estallaron en la pared vecina. De aquel oscuro tiempo queda hoy la ermita levantada en el boquete, gratitud y memoria de los habitantes de la casa que salieron ilesos.

EL CUERNO DE LA ABUNDANCIA

El Almacén de los Precios Bajos nació en los tiempos de paz y con él la banda de música dirigida por José Manuel Posada, a quien ahora todos llamaban Don José. Muy cerca a la iglesia, se levantó la construcción de un local, concebido para ser parte de la solución de los problemas, generados por la escasez de oferta en los productos que comúnmente la gente necesitaba. Un veterano zapatero, ya deformado por la artritis de sus manos, cuenta las dificultades de aquel tiempo: "Conseguir una cosa grande como una máquina de moler o una muy pequeña como el cáñamo para las agujas

capoteras, era cosa de un día por que había que ir a Medellín, en un transporte de escalera bastante escaso y rebuscarse en Guayaquil en cuanto negocio encontrara para lograr un buen precio".

En el inicio de los años cincuenta eran otras las distancias y el almacén descubrió la manera de acortarlas. Allí estaba todo. Los tarros de Pintuco, el cuero para las suelas, el varsol para limpiar los vestidos de paño, los tornillos grandes, medianos y pequeños, los alambres de todos los calibres, los bombillos Philips, los cuadernos de hojas blancas o cuadriculadas, el maletín escolar con el dibujo grabado de Rin Rin renacuajo, las ollas de aluminio, los vasos de Peldar, las vajillas Corona, la cantimplora roja, las pelotas de caucho impresas con letras y números, los caramelos con figuras de animales, los materiales de construcción, las tuberías, las botas Croydon, las herramientas de trabajo, las telas rústicas y las sedas, los cierres y las cremalleras, los botones y los tubinos de hilo, los adornos de Navidad, la ropa de trabajo, la ilusión de los juguetes y el hilo para las cometas. El surtido de las mercancías llenaba los requerimientos de los oficios y sus demandas cotidianas. El maestro de obras podía contar con la plomada, el pintor de brocha gorda con la mezcla de pintura, el afilador con el rondador, el hojalatero con las tijeras para cortar lata, el sembrador con el azadón, o el ama de casa con el tubino de hilo.

Don José había concebido una filosofía de trabajo: "Llegar, organizar, atender, vender, surtir, marcar, evaluar y salir. En resumidas cuentas ser felices por estar aquí, en este mundo". Servir era el modo de ser y el Almacén había sido creado para eso. Lo que no se encontrara en sus generosos mostradores no se

encontraba en ninguna parte. Las carencias se suplían en la libreta de pedidos cuyos apuntes sabían cumplir con el requerimiento.

Los ciclos de vida cotidianos y las épocas especiales del pueblo transformaban el Almacén. Apenas abrían sus puertas las escuelas y sus mostradores ya estaban provistos con los útiles escolares, la tela para los uniformes y los zapatos Grulla. En algún lugar de mi biblioteca conservo la cartilla La Alegría de Leer, los textos de Historia Sagrada de Gruño, El Manual de Urbanidad de Carreño que el padre ciego me compró alguna vez en los años de escuela. En tiempos de Semana Santa sus vitrinas eran cubiertas respetuosamente con telas moradas para aislar de la vista la mercancía y en los días mayores se erigía un monumento que conmemoraba para el jueves la cena pascual, para el viernes el calvario y el sábado el dolor de María. Las vacaciones se nos anunciaban en junio cuando encontrábamos exhibidas las varas de pescar, los anzuelos y el papel para las cometas. Las anchetas envueltas en papel celofán dejaban ver la botella de Cinzano y las galletas Gloria que no faltaban en las celebraciones del día del padre y de la madre. Allí se compraba el cirio para la primera comunión y la esquila amorosa que se quedaba sin enviar en el día del amor. Y al final del año, la Navidad. En la vitrina, a la derecha, el gigantesco pesebre que la señora Ruht y los empleados montaban con esmero. En la vitrina izquierda, las instalaciones, los adornos navideños, la nieve de icopor, las casitas de cartón, los árboles de Navidad, y los juguetes que nos llevaban a especular cuál de ellos se escurriría por nuestra almohada el 24 de diciembre.

Mucha vida pueblerina giraba en torno a la vida misma del

almacén y en correspondencia con esa afinidad provinciana, los clientes mantuvieron una fidelidad durante largos años. Justamente hasta cuando el cambio urbano del pueblo, los gustos y exigencias de las nuevas generaciones, la múltiple oferta comercial de Medellín y el pasado que se eternizó en el Almacén posibilitaron romper con una tradición que indicaba también que las épocas eran otras, otras las necesidades, otros los hombres y otras las reglas de juego para competir en el mercado.

UNA BANDA PARA CIELO ROTO

Cuando José Manuel Posada pasó a dirigir la Banda del pueblo, tuvo entre sus integrantes a su viejo maestro Miguel Correa, el hombre del parque; a Bernabé, el zorrero; a Arturo Correa el de la excavadora; a Ramón el loco madero; a el Negro Colorado que sabía arreglar cuanto cosa se dañara; a Chepo que sacaba material en el río; a Nacho el de los oficios; a Emilo Mesa que hacía turnos en la fábrica de la locería; a Pedro Justo Espinoza experto y preciso relojero.

En un callejón que lindaba con el servicio de hospedaje y el café del ñato López en el costado Norte de la plaza, las tubas, los trombones, los clarinetes, los platillos y el redoblante rompían la monotonía de las tardes con los ensayos que desde las tres dejaban escapar las tonadas de las marchas turcas, los pasillos colombianos y el himno a Caldas compuesto por Don José, con letra de Roberto Muñoz, el mismo que vivió un romance en el mercado del que luego hizo su mas famosa canción "La Fruterita".

A fuerza de los libros de música que encargaba al Parnaso y de cultivadas amistades, entre ellas la de Carlos Vieco, José Manuel

estudió composición y arreglos para banda. El repertorio aumentaba y con él, las amanecidas haciendo las partituras para cada instrumento. Las retretas dominicales en el kiosco rojo y blanco de la plaza, los acompañamientos a las procesiones de Semana Santa o la celebración de las fiestas patronales, los obligaban a una actividad permanente. La Banda era la invitada infaltable en toda celebración, y en ella encontraban sus músicos la disculpa para conocer la noche hasta que bordeaba el amanecer y el trabajo llamaba a dejar el instrumento hasta la hora del ensayo. Solía ocurrir que Belisario Mejía, el propietario de la estación de gasolina y del transporte de Santa Bárbara, mandaba por la Banda y la montaba en un camión de Escalera que recorría las calles del pueblo, invadiendo los postigos de las ventanas con las notas musicales que repetían incansablemente la canción favorita del señor Belisario "Yo quiero un auto papá, Yo quiero un auto veloz.". Las bodas de Plata de Monseñor Álvarez se celebraron con la más exigente retreta que el pueblo hubiese escuchado. La flota de buses pagó la serenata, no hubo pólvora, sino un espectáculo fastuoso que inundó la noche de la plaza. Para la ocasión una soprano cantó el Ave María, y Guillermo Morales, verdulero de oficio, sacó su mejor versión de Tenor de la Dona e' mobile y el Yo pecador de José Mujica. Los días pasaban uno tras otro, un músico envejecía, un músico se retiraba, un músico moría.

En el nuevo local de ensayos perteneciente a la parroquia, ubicado en los bajos donde arriba funcionaban la telegrafía, la personería y la inspección de higiene, la banda tocó su última retreta. Un día lunes, Don José se disponía a ensayar la marcha

de la película "El puente sobre el río Kwai", reconstruida a oído de un disco de 78 revoluciones que Iván Correa, "Carpanta", tenía en el bar Cimitarra, pero al llegar al sótano no encontró los instrumentos, sólo el arrume de las partituras y los santos de vestir que allí reposaban en su desnudez de madera a la espera de su uso ritual en las procesiones. El Padre Godofredo, argumentando la propiedad eclesiástica de los instrumentos y la escasa característica religiosa de la banda, amenizadora de cuanta fiesta mundana se diera en el municipio, se vio en obligación de despacharlos en la mañana a otra parroquia donde se les daría un mejor uso. "Acabaste con la banda Godofredo" fue la única expresión de Don José, una expresión de aceptación natural, ajena al odio o al rencor y que dibujaba su pacífica personalidad. Desde entonces la banda de Cielo Roto conoció el silencio y el pueblo se resignó a escuchar, nada más, la monótona melodía de las interminables lluvias en sus calles.

ALGUNAS VIDAS

Cabeza del Almacén eran sus propietarios. Doña Ruth, con su destacada elegancia y sus mil ojos, tenía a su cargo la estética del almacén y la atenta vigilancia. A ella se le debía el arreglo de las vitrinas, los ornamentos especiales y las transformaciones que a lo largo del año tenía el local. Don José viajaba diario a Medellín a cumplir con el surtido y despachaba en las distintas secciones. Desde su escritorio, ubicado libremente en todo el centro, anotaba en la libreta el pedido de la mercancía faltante, conversaba con los parroquianos, preparaba sus retretas, y aceptaba generosamente ser el padrino de bautismo de cuanto vecino lo

solicitará. En un cuaderno registraba el nombre del niño y el de los padres, el mismo que consultaba cuando en cada Navidad los 250 compadres y ahijados que logró apuntar en 30 años, se acercaban por el aguinaldo.

En el umbral de la puerta había un puesto de relojería. Era un negocio independiente que Don José le permitió a su amigo Pedro Justo Espinoza, músico también y en otro tiempo integrante de la banda, escultor y marquetero, coprador de cartas que él escribía, a solicitud de iletrados y hombres de campo, con excelente caligrafía. Este hombre parco en el hablar, hacendoso en su arte, le daba un aspecto especial al paisaje del almacén. Metido en su cubículo se veía su figura de medio cuerpo, adornado con un brazalete negro, el rostro agachado auscultando diminutos tornillos y en su ojo derecho un monóculo para examinar los mecanismos del reloj. "Las ocho. Justo, las ocho" era la expresión habitual de Don José, para iniciar el ritual de la tertulia que a media caña sostenían diariamente, mientras revisaban las cuentas, repasaban el anecdotario del día y se oían unos valsecitos de Strauss.

Chaleco y corbatín, saco negro, camisa blanca, pantalón de paño, extrema amabilidad y esmerada atención, era la imagen que día a día proyectaba Don Carlos Correa en el almacén. Los clientes se disputaban su atención, su estilo marcaba el ejemplo de los empleados. Cuando se le pidió el retiro, las conjeturas no se hicieron esperar, mucha era la coincidencia entre las cuentas que no daban y el despilfarro de Don Carlos con sus amigos. Verdades nunca se supieron, pero sí creció el mito de los empleados que se retiraban para ser propietarios de negocios. Don José concibió siempre que el almacén era una escuela y esa era su versión.

Reconocidas matronas, eternas señoritas, familiares de Don José y de Doña Ruth, aprendices universitarios, jóvenes de Buenas Familias y hasta los más traviesos que por la época vivían una bohemia loca y aventurada ("el loco Angel", "Cadena" o Norberto Botero) estuvieron tras los mostradores del Almacén de Los Precios Bajos. Nombres unos que se olvidaron, otros que se recuerdan: Miguel, Ernesto, Marina, Socorro, Myrian, Mary, Lucía, Gloria, Enrique, Victor, Rocío, la señorita Aurora, son apenas un fragmento de la memoria de muchas vidas que escribieron la historia del almacén o de otras para las cuales su historia personal no fue otra cosa que su vida en el almacén. Entre ellas Doña Lucila Ochoa, que supo envejecer y conocer la jubilación; Socorro Mejía, pensionada por el seguro; Marina Quintero, que tras 35 años de fidelidad probó el sabor del final cuando se cerró la puerta y Jafet, el infaltable Jafet, alma y nervio del Almacén de los Precios Bajos...

Los empolvados folios del concejo municipal y del juzgado fueron la causa de las cataratas que empequeñecieron los ojos de Don Julio Correa. Casado con Mercedes Ochoa, tuvieron dos hijos, Julio y Jafet, que desde temprana edad trabajaron como dependientes en negocios tradicionales en la plaza de Caldas. Julio, con su vestido caqui y su sonrisa siempre dispuesta, le dio prestigio a la tienda de los Vélez, hasta que una hepatitis y una alimentación basada en gaseosas dieron cuenta de su amabilidad, que se volvió amarilla al final de sus días. Jafet fue llamado por Don José y allí laboró durante 35 años, metiendo cada artículo del almacén en su inderrotable memoria y usando los más curiosos métodos de venta, nacidos de su natural intuición y

de su permanente humor. Hombre orquesta, se encargaba de la ferretería, los materiales de toda especie, los utensilios eléctricos, en fin, todo aquello que tenía que ver con lo masculino. Nunca las telas, ni los adornos que se despachaban al frente, "donde las muchachas", según era su decir. Solo él podía entregar el alcohol industrial, las pinturas y los disolventes que sacaba de una bodega vedada a nuestra curiosidad infantil. Frecuentemente se le veía salir con un rollo de alambre que extendía a lo largo del atrio para vender uno, dos, tres o veinte metros de acuerdo a las señales que él tenía ubicadas en las líneas de los adoquines. "Las medidas de Jafet", decíamos en el pueblo al referirnos a los clavos en el atrio. Todos los secretos del almacén estaban en su mente, la dimensión de las tuercas, los artículos faltantes, las reservas. A él se le pedía consejo para remplazar lo que no se encontraba, infalible era su recomendación para un uso que el cliente no podía resolver e inagotable era su ánimo para el trabajo. Las escasas ocasiones en que tomó vacaciones no supo que hacer con el tiempo libre y en la única oportunidad, cuando se alejó rumbo a la costa, vio el mar de lejos y se devolvió abrumado por el calor. No encontró nunca la gracia del descanso y se negó a volver a interrumpir su trabajo. Su ausencia era caótica para el funcionamiento del Almacén.

Dos malas partidas le jugó la vida. La primera, una omisión con un juego de azar. La fiebre del chance inundaba a un pueblo que vivía sembrando ilusiones, y él pidió permiso para vender el juego en el almacén. En una ocasión alguien apostó a un número imposible: 777. Convencido de que el número no ganaría, no liquidó la apuesta y tomó la plata como propina. Al

día siguiente fueron a reclamar el premio. Don José le libró de la cárcel y pagó el dinero.

La otra herida se llamó Lupe. Alguien podría pensar que era la mujer del mambo de Perez Prado y no se equivocaría. Lupe era sensual y al pasar por la calle todos la miraban. Lucía escotes, pantalones ceñidos y pelo largo. Jafet la conquistó para su vida, doble conquista porque ella era de familia adventista y él logró, para tranquilidad de sus padres católicos, su conversión. El matrimonio se celebró en la parroquia principal. Con ella se paseaba orgulloso, mucho más cuando la llevaba al club, donde la contemplaba bailar con todos los adolescentes que padecíamos por ella. Para Jafet solo estaban reservados los pasodobles. Lo inevitable ocurrió con el asunto del chance. El tiempo de detención fue tiempo de infidelidad. A los pocos días, el lecho ya estaba ocupado y Jafet pidió posada en el cuarto de proyecciones del teatro Caldas. En esa época de mala racha Jafet cumplió veinte años de trabajo. Entre todos los compañeros le regalaron una billetera de cuero que compraron en el mismo almacén. Jafet tenía deudas y no pudo en esos días meter un solo billete en la billetera, tan sólo pudo poner en ella la foto de Lupe, que ya se había marchado.

PURA, SIROPA, BAGADÓ Y LOS OTROS

Seres marginados, de la misma estirpe de las novelas de Becket, acudían al afecto de Don José y a su generoso paternalismo. Chipún, Aburrído, Esther, China, el uno mongólico, el otro vagabundo, esta loca y aquella abandonada, ellos recibían su ración semanal. Mingo Morales, un afectado de la luna, en los días de crisis se metía al almacén y tomaba un objeto cualquiera, mientras decía: "No me están

viendo, no me están viendo". Luego salía, dejando las cosas "robadas" sobre una vitrina.

Siropa López, hombrecito de mediana estatura, que vestía limpiamente con saco y pantalón de dril, sombrero de paja, descalzo, de profesión paje, fue el más consentido. Invitado permanente de las casas de la mas alta alcurnia, comía y almorzaba con las más tradicionales familias, a las que correspondía con los mandados. En los tiempos de la banda, "Siropa" era el infaltable acompañante, la seguía con alborozo y aprendió a imitar a la perfección todos los instrumentos, por este motivo tenía un sitio especial en el almacén. "La banda, Siropa" le pedía Don José, y un sonido de tubas y trombones que salía de su boca, rememoraba la nostalgia de otros tiempos. Siropa entraba siempre con un saludo "Op" que Don José hizo suyo y se despedía con una invitación que se volvió famosa: "Vamos donde las "garufas" y a toda "mandinga" que entre al potrero, hágale el nudito y chúpele pa' dentro"

"Pura" no fue precisamente pura en su juventud, a ella se le atribuyen las más famosas "desvirgadas" de los años treinta. Acabada su fogosidad, fue mujer laboriosa y solicitada para cuanto material de zapatería se necesitara de Medellín. Don José puso toda su confianza en ella. "Pura" traía los encargos, diariamente, a las ocho recibía las encomiendas y a las once estaba nuevamente en el almacén. Nadie con mayor honradez, ni con más eficiencia para los mandados. Delgada, bajita, encaneció rápidamente, lo que le dio un aire de nobleza. Usaba vestido largo, una mantilla sobre el hombro, y carriel de cuero. Prescindió del uso de interiores para evacuar de pie la simple y natural necesidad de orinar. Excesiva fumadora de

tabaco o Pielroja, conoció la evasión de su vida en la alegría de sus tradicionales borracheras que iniciaba después de cumplir con todas sus tareas.

"Bagadó" llegó con su sonrisa grande sin explicarle a nadie porqué se había venido del Chocó. Inicialmente se ocupó del mantenimiento del almacén. El polvo en cualquier vitrina era su mayor enemigo. Su simpatía pegajosa le brindó muchos amigos y Don José le resolvió su anhelo de independencia con la caja para embetunar ordenada a su amigo el carpintero. "Bagadó" la adornó con espejos, un arcoiris y palmeras tropicales. Su centro de trabajo era el almacén, desde allí organizaba sus jornadas de rebusque que con el tiempo terminaron en Medellín. Con la complicidad de los choferes, aprendió a manejar y algún día recibió la propuesta, se convirtió en el conductor más querido de la flota de buses y años más tarde en el chofer personal del industrial Carlos J. Echavarría. Mucho tiempo había transcurrido desde la caja de embetunar a su nueva vida en el Poblado. Nunca faltó con su visita dominical al almacén. Después de saludar a Don José se iba con su pinta de cachaco blanco, sombrero borsalino y zapatos de charol, a dar el espectáculo de las maracas de "Bagadó" en algún bar. Nadie como él para acompañar el mambo y la música cubana, nadie como él para invitar a una ronda de cerveza a todas las mesas. Murió en un accidente de tránsito, pero la muerte no lo cogió desprevenido. En una boleta escrita con su puño y letra había dejado una nota testamentaria: "Todas mis posesiones, en caso de que sufra algún accidente que acabe con mi vida o si sufro alguna enfermedad mala, deberán ser entregadas a Don José Manuel Posada, el dueño del Almacén de Los Precios Bajos".

Juan Bautista Usme Vanegas, "Mazo", ayudó en la primera época del almacén, antes de que se lo llevaran como reservista del ejército y volviera sano y salvo de la pacificación en la zona de Puerto Berrío. El municipio lo encargó de prender y apagar el alumbrado público. "Faltando 75 minutos para las seis tomaba mi vara y me iba a subir las cuchillas que estaban en los postes. Dos horas me demoraba y luego, faltando 7 minutos para las cuatro, me levantaba para el recorrido de apagar los focos de las calles". Entre dar y quitar la luz, Mazo, debía servir como ayudante de oficial y barrer las calles del pueblo. En la última época del almacén, Mazo, ya jubilado se prestó de voluntario para ayudar "en lo que pudiera servir". Los fines de semana voceaba invitando a entrar a transeúntes que ya habían resuelto su sistema de compras en las grandes ofertas de los supermercados y para los que el almacén era una reliquia del pasado, así como Mazo cuyo figura de gnomo malo y su inconcebible vestuario anticipaba el fin ya próximo. "Opulista" dice Mazo refiriéndose a su oficio de pregonero, y esa expresión como tantas otras de su argot no es más que la asimilación de la palabra "relacionista" cuya composición tergiversa con esa humilde elegancia con que siempre interviene: "Permítame le pido la palabra y me excusa".

LIQUIDACION TOTAL

"Negocio donde se saque y no se meta se acaba la cubeta" era un decir de Don José que su hijo Diego recuerda. Él asumió la dirección del Almacén a la muerte de su padre en el año de 1993. En la infancia y en la adolescencia, Diego protagonizó sus rebeldías por las obligaciones que pretendían imponerle en el almacén, por eso prefirió siempre

otros rumbos. El estudio le sirvió como disculpa y escape. Le hubiera sido fácil ejercer su profesión de Ingeniero Químico en el país cuando culminó sus estudios en la Universidad Pontificia Bolivariana en el año de 1965, pero eligió otras fronteras. Mientras más lejos mejor, y el mundo de la cultura del chicle y del Marlboro lo cautivaron durante dos décadas. Decir 20 años es breve, pero saber todo lo que ocurre en ese tiempo es largo. Doña Ruth había muerto y el ánimo de Don José había decaído. El nunca pudo asimilar en forma, la decisión de vivir en Medellín y eso también le había afectado. Esa ciudad que crecía cada día, en la que era difícil caminar, lo llevó a dejar el uso del reloj que en más de una ocasión los raponeros le hurtaban y le propició el mal paso que la atropellada de un carro le dejó hasta que sus 85 años no pudieron más con el presente, tantas ausencias y ese almacén que moría cada día.

Diego supo que el almacén del que huyó en su juventud y el almacén de ahora, del cual no podía huir, era, el uno reflejo memorable de una época, y el otro, un retrato desvencijado que no resistiría el paso del tiempo. Por eso la decisión y el letrero que supo como decir adiós. "Liquidación total".

El lunes 30 de septiembre, Jafet madrugó como era su costumbre y llegó al almacén a las 7 A.M. Buscó, preocupado, las llaves que no encontraba para abrir la persiana. Mazo, que estaba cerca observándolo, se le acercó comprendiendo el sentimiento que percibió en Jafet.

"Permíta le pido la palabra y me excusa, pero usted no puede "dentrar", porque ayer los dos y Don Diego cerramos para siempre".

Sólo entonces, hasta ese momento, Jafet se dio cuenta que ahora era un desempleado y

que estaba condenado a rondar por el atrio o a contemplar desde la esquina, su antiguo sitio de trabajo y pudo por fin comprender que ese ya no era más El Almacén de Los Precios Bajos.

Mazo, disgustado, voltea la cara para no ver y desentenderse de la presencia de su hijo enloquecido por un mal de ojo y que se acerca arrastrando una pobre imitación de cruz mientras grita "diablo" al local vacío que le hace eco. ♣

MARCO ANTONIO MEJIA TORRES es Licenciado en Filosofía y trabaja en la División de Cultura de COMFENALCO. Es estudiante de la Especialización en Periodismo Investigativo de la Universidad de Antioquia.